

Publicaciones del Instituto de Estudios Hispano-Lusos

Congresos y seminarios

LAS RELACIONES ENTRE MARRUECOS Y ESPAÑA
HOMENAJE A ALFONSO DE LA SERNA
SEGUIDO DE
VIAJEROS DE LAS DOS ORILLAS

Coordinación:

Abdelaali BAROUKI - Nohma BEN AYAD



Universidad Mohammed V-Agdal



Instituto de Estudios Hispano-Lusos

Las Relaciones entre Marruecos y España

*Homenaje a Alfonso de la Serna
Seguido de
Viajeros de las dos orillas*

Edición

*Instituto de Estudios Hispano-Lusos
Avenue Allal El Fassi, Madinat El Irfane, B.P. 6633 - Rabat
Tél: 05 37 27 85 90 - Fax: 05 37 68 20 14*

Serie

Congresos y seminarios n° 4

Primera edición, diciembre 2009

Depósito Legal

2009 MO 2738

ISBN

978-9954-8855-9-5

Derechos reservados

Impresión

*RVB Edition - Rabat
Tel: 05 37 70 95 75 • Fax : 05 37 70 95 76*

*Este libro se ha publicado gracias al Programa de Apoyo
al Hispanismo Universitario Marroquí 2009*



Indice

Prólogo

Homenaje a Alfonso de la Serna

- 13 • **Driss Dahak**
Secretario General del Gobierno
- 15 • **Luis Planas Puchades**
Embajador de España en Marruecos
- 19 • **Sol de la Serna**

Historia de las relaciones diplomáticas entre Marruecos y España

- **Manuel Gómez-Acebo**
Subdirector General del Magreb
25 *Las relaciones hispano-marroquíes. Nuevas perspectivas de cooperación*
- **Mohamed Larbi Messari**
33 Periodista y escritor
Manuel Aznar recordando al Mariscal Mizzian
- **Ramón Enciso**
37 Miembro del Comité Averroes
Las relaciones hispano-marroquíes, ayer y hoy
- **Larbi Ben Othmane**
43 Profesor-Facultad de Ciencias Económicas, jurídicas y Sociales - Rabat
Maroc-Espagne : une relation contrariée

Viajeros de las dos orillas

- **Abdallah Saaf**

49 Ex-Ministro, Profesor. Facultad de Ciencias Económicas,
Jurídicas y Sociales - Rabat
Notes sur le voyage andalou d'Al Hajoui

- **Fatiha Benlabbah**

61 Directora Adjunta del Instituto de Estudios Hispano-Lusos
*El Marruecos de los años treinta del siglo XX visto por
Aurora Bertrana. Entre incomprensión y admiración*

- **Antonio Reyes Ruiz**

73 Coordinador del Centro Cultural Al Andalus - Martil, Tetuán
*"Viajeros religiosos": la labor del Padre José Lerchundi en
Marruecos*

- **Amina Aouchar**

89 Directora del Instituto Universitario de Investigación
Científica-Rabat
*Fès dans le récit de voyage de Domingo Badia y Leblich-Ali Bey
Al Abbassi...*

- **M^a Dolores López Enamorado**

111 Directora del Instituto Cervantes-Marrakech
Viajeros españoles en Larache

- **Mohammed Bokbot**

129 Historiador. Universidad de Meknés
*Mohamed Ibn Utman al Meknassi Arquitecto del entendimiento
hispano-marroquí. S.XVIII*

- **José Antonio González Alcantud**

135 Profesor. Universidad de Granada
*Los viajeros españoles en Marruecos: ¿vecinos cercanos con
miradas lejanas?*

■ Viajeros españoles en Larache

— M^a Dolores López Enamorado

Directora del Instituto Cervantes-Marrakech —

El objetivo de este trabajo es hacer un recorrido por los escritos de algunos viajeros españoles que, a lo largo de la historia, han pasado por Larache⁵³, dejando páginas inolvidables en las que relatan su experiencia de un lugar que ha ido cambiando y evolucionado hasta ser lo que es hoy: el resultado de la mezcla de pueblos y culturas, del esfuerzo de hombres y mujeres que han ido construyendo esta ciudad blanca y azul, en la que la historia es visible en cada uno de sus rincones.

Este enclave portuario del Norte de Marruecos está situado a 80 kilómetros de Tánger, en el litoral atlántico y a orillas del río Lucus, en un paisaje de marismas, bosques y huertas.

Sus orígenes se remontan a la vieja ciudad de Lixus⁵⁴, a 5 km de distancia de Larache, cuyas ruinas, a pesar del estado de abandono en que se encuentran, tienen gran interés arqueológico. Larache se extiende a las faldas de la vieja ciudad de Lixus. Las escasas referencias que hasta el siglo XIII se dan en los textos medievales hacen muy difícil precisar sus orígenes. Posiblemente existiría un pequeño poblado de agricultores y pescadores, de cuyo núcleo partió la actual ciudad de Larache. Los principales historiadores árabes no la mencionan, y tendremos que esperar al siglo XV para que el nombre de Larache aparezca en los textos de los autores (historiadores y viajeros) de la época⁵⁵.

53. He revisado y actualizado aquí parte de la información sobre la ciudad de Larache que he ido reuniendo durante años, y que ya fue objeto de una publicación en forma de libro: M. Dolores López Enamorado. *Larache a través de los textos. Un viaje por la literatura y la historia*. Sevilla: Junta de Andalucía-Consejería de Obras Públicas y Transportes, 2004. Quiero dar las gracias a los organizadores de este Coloquio por brindarme la oportunidad de retomar este tema al que he dedicado buena parte de mi tiempo y de mi trabajo.

54. En el siglo I d.C., Plinio el Viejo sitúa la zona del río Lixu, y recoge los comentarios de algunos historiadores que le precedieron. Entre las noticias que nos aporta Plinio, se encuentra la leyenda que sitúa en Lixus los míticos Jardines de las Hespérides. Plinio el Viejo. *Historia Natural*, libros III-VI. Madrid: Gredos, 1998, pp. 177-182. Traducción de A. Fontán, I. García Arribas, E. del Barrio y M. L. Arribas.

55. Una de las primeras y escasísimas menciones que los autores árabes medievales hacen de Larache se remonta al siglo XIV. Se trata de una mención en el *Rawd al-qirtās* de Ibn Abī Zar, en la que se refiere a esta ciudad a propósito del reparto de tierras que hizo el emir Muhammad b. Idrīs b. Idrīs al-Hasanī (gobernó de 828 a 836), cuando subió a trono, entregando Larache a su hermano Yahyā. Ibn Abī Zar. *Rawd al-qirtās*. Valencia: J. Nácher impr., 1964, vol. I, pp. 99-101. Traducido y anotado por Ambrosio Huici Miranda.

Desde 1417 (dos años después de la conquista de Ceuta) la ciudad fue objeto de saqueos que se prolongaron durante varias décadas, por las continuas expediciones marítimas que a ella llegaron. A partir de 1471, cuando el rey Alfonso V de Portugal ocupa Tánger y Asila, Larache quedó prácticamente bajo influencia portuguesa, y sus habitantes la abandonaron ante la amenaza de una inmediata conquista, que nunca llegó a producirse.

Unos veinte años estuvo Larache despoblada, situación que trató de aprovechar el rey Juan II de Portugal para lograr la hegemonía portuguesa en el Norte de Marruecos. A fin de lograr sus propósitos hizo construir en 1489, a unos 15 km de Larache y en la margen derecha del río Lucus, una fortaleza que se llamaría "La Graciosa". El sultán de Marruecos, Muhammad al-Shayj, ante la amenaza de la expansión portuguesa, pone sitio a la fortaleza y logra un acuerdo con Juan II para que sus tropas la abandonen. Larache y su zona circundante vuelven a estar así bajo dominio marroquí. A finales del siglo XV el recinto fue amurallado y se edificó un castillo en la boca del río, abriéndose una nueva etapa en la que se desarrolla un cierto comercio marítimo. Por los textos sabemos que sus habitantes hacían carbón, pescaban anguilas y vivían en un clima de relativa tranquilidad que se prolongó algunos años, hasta comienzos del siglo XVI, cuando los corsarios turcos y berberiscos hacen acto de presencia en el Atlántico. El puerto de Larache llegará a convertirse, a mediados de ese siglo, en un importante centro de comercio a la vez que en un concurrido refugio de piratas.

Como he señalado arriba, hay que esperar al siglo XV para que el nombre de Larache sea mencionado por los historiadores y viajeros de la época, siendo relativamente frecuentes las noticias que sobre esta ciudad marroquí podemos leer, tanto en obras portuguesas como españolas.

De esta etapa he seleccionado un fragmento del granadino León el Africano, quien en su *Descripción de África y de las cosas notables que en ella se encuentran*, nos ofrece una de las más antiguas estampas de la ciudad de Larache, hecha en 1550.

LA CIUDAD DE EL AARAÍX

Larais es una ciudad construida por los antiguos africanos sobre las orillas del Mar Océano, en la desembocadura del Lucus, situada, por una parte, sobre el río, y por la otra, sobre el mar.

En los tiempos en que Arcila y Tánger fueron de los moros, Larache estuvo muy poblada, pero después de que las dos ciudades llegaron a caer en poder de los cristianos, quedó abandonada, cosa que duró cerca de veinte años, después de los cuales un hijo del actual rey de Fez decidió hacerla repoblar, fortificándola muy bien y proveyéndola de soldados y víveres, pues está en continua sospecha de que los portugueses quieran entrar en ella.

La ciudad tiene un puerto muy difícil para todo aquel que quiera entrar por la boca del río; de todas formas, el príncipe hizo construir allí una ciudadela en la que siempre hay un capitán con doscientos ballesteros, cien arcabuceros y trescientos caballos ligeros.

En las cercanías de la ciudad hay muchos pantanos y prados donde se coge gran cantidad de angulas y de aves de agua. Y sobre las riberas del río se ven espesos bosques donde se ocultan muchos leones y otras fieras.

Sus moradores se dedican al antiguo oficio de hacer carbón, enviándolo a Arcila y Tánger; y de tal manera trabajan en este menester, que existe un proverbio entre los de Mauritania, que lo aplican cuando una cosa demuestra más de lo que es, y vienen a decir: "como el bosque de El Araix, el cual tiene vela de algodón y cargo de carbón", porque en los campos de esta ciudad se dan grandes cantidades de algodón⁵⁶.

Pocos años separan este texto del siguiente que incluyo aquí para ilustrar la época. Se trata de una serie de fragmentos recogidos de la magna *Descripción general de África*, del también granadino Luis de Mármol y Carvajal, publicada en 1573, que nos ofrece interesantes datos sobre la ciudad de Larachè y su entorno en el siglo XVI.

56. León el Africano. *Descripción de África y de las cosas notables que en ella se encuentran*. Venecia, 1550. Traducción y edición crítica de Luciano Rubio. Tetuán, 1952. Majadahonda (Madrid): Hijos de Muley Rubio, 1999, p. 155.

Libro Cuarto, Capítulo XL: Que trata de Larache, ciudad de la provincia de Azgar en el reino de Fez.

“La ciudad de Larache que los africanos llaman Elarayz de Beni Aroz, es una ciudad antigua edificada por los naturales de la tierra en la costa del mar Océano Herculeo donde el río Lucus (o Lisso) entra en el dicho mar. La cual está cercada por un cabo de la mar, y por el otro el río. Antes que los cristianos ganasen la ciudad de Arcila, estaba Larache muy poblada, mas después la desampararon los moradores de miedo, y estuvo más de veinte años yerma, hasta que Muley Nacer tío de Hamet Oataci postrer rey de Fez del linaje de los Merinis Oataces, la fortaleció, y pobló, y tuvo allí su frontera contra los cristianos de Tanjar, y de Arcila, no con poco temor de que se la habrían de llevar cada día, y así la tenía proveída de artillería, y municiones, y vituallas. La barra de este río tiene peligrosa entrada para los navíos, y junto a ella está un castillo que edificó aquel Muley Nacer. La ciudad está toda cercada de muros, y al derredor de ella hay muchos prados, y grandes lagunas donde se crían infinitas anguilas, y aves de agua, Y en la ribera del río están espesos bosques de arboledas donde andan muchos leones y otras fieras. Son los moradores de Larache por la mayor parte carboneros, y su principal granjería era ir a vender carbón en las ciudades de Tanjar, y Arzila en tiempo que eran de moros, y después acá en tiempo de paz lo llevaban en unas barquillas a vender a los cristianos. En todos los campos al derredor se coge mucho algodón, y en el río mueren muchos sábalos. Dentro de una barra está un mediano puerto para bajeles pequeños, donde suelen acudir los mercaderes cristianos de Europa con sus mercaderías que llevan de allí a Fez y a otras partes. No viven los moradores de Larache ahora con tanto cuidado como solían después de que el rey de Portugal dejó la ciudad de Arzila. El Xerife Abdala tiene puesto un alcalde que gobierna las tres ciudades de Arzila, Alcaçar el Quibir, y Larache el cual tiene quinientos de a caballo, y más de mil escopeteros de a pie con los que va de ordinario a correr a Tanjar, y él reside lo más del tiempo en Alcaçar, y anda visitando la frontera de un cabo a otro⁵⁷”.

57. Luis de Mármol y Carvajal. Primera parte de la descripción general de Affrica. Granada: Imprenta de Rene Rabut, 1573, folios 4, 5, 9, 10 y 109.

En 1610, tras el acuerdo alcanzado entre el rey de España Felipe III y el sultán saadí Muhammad al-Ma'mûn, Larache pasó a estar bajo soberanía española. En esos momentos, una parte importante de su población estaría formada por moriscos llegados de España en sucesivas oleadas, tras la toma de Granada. Esta ocupación, y los intentos previos de conquista, inspiran al poeta español Luis de Góngora cinco poemas de diferente tono (desde irónicos a heroicos) que escribe entre 1608 y 1610. De ellos he seleccionado solo un fragmento, para ilustrar esta poesía heroica gongorina:

De la toma de Larache (1610)

*Larache, aquel africano
fuerte, ya que no galán,
al glorioso San Germán,
rayo militar cristiano,
se encomendó, y no fue en vano,
pues cristianó luego al moro,
y por más pompa y decoro,
siendo su compadre él mismo,
diez velas llevó al bautismo
con muchos escudos de oro⁵⁸.*

Bajo el gobierno del sultán alawí Muley Ismâ'îl, en 1689, los marroquíes ocupan de nuevo Larache. La ciudad fue repoblada por gentes de las regiones del Yebala y del Rif y, por su posición estratégica, jugó durante los siglos posteriores un papel destacado en la historia de Marruecos.

Las relaciones entre los dos países vecinos, España y Marruecos, estuvieron marcadas en este tiempo por la firma de diferentes tratados y compromisos internacionales que, esencialmente, buscaban consolidar una paz hasta entonces precaria. Como ocurre en la mayor parte de las relaciones de vecindad, en uno u otro momento vuelven a aparecer las tensiones. Las potencias europeas nunca dejaron de hacer presión sobre Marruecos en general, y sobre Larache en particular. Estas últimas se hicieron patentes a

58. Luis de Góngora. Obras completas. Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 2000, los poemas a Larache están en pp. 263, 300-302 y 304-305. Edición de Antonio Carreira.

través de numerosos bombardeos y ataques por mar a la ciudad, tanto por parte francesa como española.

De esta etapa incluyo la minuciosa descripción que el catalán Domingo Badía (Ali Bey) hace de Larache, una de las ciudades que visitó en su viaje por Marruecos, realizado entre 1803 y 1805. En este periplo recorrió Tánger, Meknés, Fez, Rabat, Marrakech..., y lo concluyó precisamente en Larache, desde donde deja las tierras marroquíes.

17 DE AGOSTO DE 1805

En este día se rasgó el velo de la conducta misteriosa de mis oficiales; anunciáronme que íbamos a *Laraisch* o Larache, en lugar de Tánger, como me habían dicho. Ello me desagradó infinitamente, pero después de reflexionar, me dejé conducir, siéndome indiferente ir a uno u otro sitio.

(...) Laraisch, que los cristianos llaman Larache, es una ciudad pequeña, que tendrá unas cuatrocientas casas, situada en la cuesta septentrional de una colina escarpada, desde donde se extienden las casas hasta la orilla del río, cuya embocadura es un abra para los buques grandes. Los bastimentos que no pasan de doscientas toneladas pueden entrar en el río, pero tienen que descargar para pasar la barra.

Hay en Larache varias mezquitas; la principal es de buena arquitectura. Vese también un espacioso mercado rodeado de arcos, sostenidos por columnitas de piedra. Es el más hermoso que he visto en el país. Fue construido por los cristianos, al igual que las principales fortificaciones. Después de haber poseído esta ciudad los españoles, fue reconquistada por Muley Ismail.

Por el lado de tierra protege la ciudad una buena muralla con su foso, y la puerta y el puente están defendidos por dos medios bastiones. La alcazaba o castillo, que está por la parte de tierra al S de la ciudad, es un pequeño cuadrado de bastiones con orejones, rodeado de fosos, todo bastante bien conservado, a excepción del parapeto, que se halla ya muy deteriorado. Por desgracia la ciudad carece de agua; la que beben viene de un manantial situado a la orilla del mar (...) en un sitio a cubierto de los fuegos de la plaza. Se saca también de otro manantial que dista una legua. A un extremo de la ciudad, en la embocadura del río, hay un castillo que me dijeron fue

construido por *Muley Yezid*. La fortaleza cuadrada está guarnecida de varias pequeñas culebrinas. (...)

A sesenta toesas al ESE del castillo cuadrado, está la capilla o santuario de una santa mujer, patrona de la ciudad, llamada *Léla Minána*. Allí se venera su sepulcro. Jamás he podido desembrollar la complicación de ideas que ha suscitado en mi espíritu la existencia de la canonización de una mujer, con la exclusión del paraíso anunciada tácitamente por la ley a su sexo. Pero Dios sabe más que los hombres.

La costa del S la forma una roca bastante elevada y la del N una pequeña franja de arena.

De orden del sultán, Sidi Mohamed Salauí, que era bajá de la ciudad, me destinó para alojamiento la mejor casa, situada sobre el gran mercado, al lado de la mezquita principal.

(...) La temperatura es muy suave e igual a la de Andalucía.

(...) Hay algunos huertos en Larache. Los víveres son buenos y el agua, aunque fuerte, no es malsana⁵⁹.

A mediados del XIX, el bilbaíno José María de Murga, conocido en España como "el moro vizcaíno" y en Marruecos como "el Hach Mohamed el-Bagdadi", publica sus *Recuerdos marroquíes*, que son fruto de uno de los dos largos viajes que realizó por Marruecos. El tercero no lo pudo llevar a cabo, pues, preparándolo, murió en Cádiz, en 1876. Esta obra se compone de varios fascículos, de los cuales nos interesa aquí el titulado *Origen y fundación de la actual dinastía de Marruecos. Batalla de Alcázar*. En él se narran los contactos diplomáticos entre D. Sebastián, rey de Portugal, y Felipe II, rey de España, así como las maniobras militares de los portugueses previas a la mencionada batalla de Alcázar, que tuvo lugar el 4 de agosto de 1578. Las páginas relativas a Larache corresponden, pues, al verano de ese mismo año 1578, en los meses previos a esta batalla. En el fragmento que doy aquí he puesto un especial interés en recoger su descripción de la ciudad de Larache y del río Lucus.

59. Ali Bey, *Viajes por Marruecos*, Ed. Salvador Barberá. Madrid: IHAC, 1985. pp. 372-374

Uno de tantos [territorios], y que no lo era poco en aquel tiempo, y aun muchos años después, era el puerto de El Araich (Larache) próximo a la boca del Estrecho y verdadero nido de piratas, donde no sólo se abrigaban los africanos sino también los turcos. (...)

Larache, hoy⁶⁰ de escasísima importancia, era en aquellos tiempos⁶¹ un punto muy codiciado por sus circunstancias topográficas y por su posición geográfica, casi en el punto de confluencia del Atlántico con el Mediterráneo.

Su fondeadero es poco seguro y está expuesto a las fuertes avenidas del río Cus (el Lixus de los Romanos), cuya barra sólo permite la entrada a los buques de muy poco calado y, esto, en otros tiempos muy bonancibles y con marcados vientos. Mas, si estos y otros inconvenientes le hacen de poco valor para el tráfico y guerras de hoy en día, no sucedía lo mismo en los pasados tiempos en los que los barcos eran de poco calado y en los que los remos de los Galeotes suplían, y en algunas ocasiones con ventaja, a las hélices y ruedas de la marina de hoy.

La población, mucho más extensa ahora de lo que se conoce fue en los tiempos de este relato, se halla situada al NE. sobre parte de la meseta y falda de una colina de pendiente bastante pronunciada, a la orilla izquierda del río y extendiéndose sobre la misma barra, cuyas olas pasan lamiendo el pie de las murallas; por el NO. la defiende un reducto cuadrado flanqueado de torreones, (Palacio, que fue del Sultán Sid El-Yezid) y cuya fuerza aumenta una falsabraga adosada a una larga extensión de costa a pique; y al SO. se extiende la meseta sobre la que tiene la plaza un triángulo con baluartes de orejón y un muro almenado, ambos de origen portugués, defendidos por un foso que les precede en toda su extensión.

A juzgar por el desarrollo y restos de murallas anteriores la población deberá estar circunscrita a lo que hoy forma la alcazaba y, en tiempos de D. Sebastián, no hubiera podido resistir a una escalada así como hoy no podría hacerlo un cuarto de hora al efecto de los proyectiles.

60. Es decir, hacia 1865, cuando escribe J. M. de Murga.

61. El año 1578, que es cuando tienen lugar los sucesos que se relatan.

El río, que se podía navegar bastante adentro y cuyas aguas corren de S. a N. tiene una estrecha desembocadura, formada por la población por un lado y por una gran extensión de médanos y arenales por el otro; forma, en cuando llega al extremo SE. de la población y con dirección al E., un gran recodo cuya parte convexa sirve de fondeadero a los pequeños y contados barcos, que sostienen el lánguido comercio del país: su curso, desde aquí a su nacimiento, es un continuo zigzag y va lamiendo, en su margen derecha, una serie de pequeñas colinas y, en la izquierda, una grande extensión de terrenos de aluvión.

En estos zigzags ocultos, merced a los médanos, de la vista del mar y fuera del alcance de las trayectorias de los proyectiles usados en la época se guarecían aquellos terribles Corsarios, que fueron el terror y el espanto de aquellos y otros mares y los que, desde allí, cual aves de rapiña siempre en acecho y prontas a abalanzarse con ardor sobre su presa, se lanzaban, y casi siempre con éxito seguro, a sus más atrevidas correrías.

Como un recuerdo de pasadas glorias quedan aún hoy, pudriéndose en el primer recodo de aquel río, los restos carcomidos de los buques que, a principios de este siglo, ondearon el gallardete marroquí.

La población, y esta era otra de las ventajas de su toma, se halla situada casi sobre el camino que desde Tánger se dirige a Fez que, entonces como ahora, se surtía por este puerto de muchos de sus efectos comerciales⁶².

La Conferencia de Algeciras, en 1906, reconoció a Francia y España el derecho de organizar un protectorado en Marruecos, bajo un débil control internacional. En junio de 1911, las tropas españolas desembarcaron en Larache, ocuparon la ciudad y, tras un proceso diplomático, obtuvieron el derecho a permanecer en esta plaza. En 1912 se firman los acuerdos de Protectorado hispano-francés sobre Marruecos. Su zona norte, de unos 20.000 km², quedó bajo soberanía española. Larache fue la capital de la región occidental del Protectorado hasta la independencia marroquí, en 1956.

62. José María de Murga. Recuerdos marroquíes del Moro Vizcaíno José María de Murga, el Hach Mohamed el Bagdádi. Bilbao: Imprenta de Miguel de Larumbe, 1868, pp. 15-16 y 26

A lo largo de su historia, Larache ha sido escenario de notables transformaciones en su trama urbana. El Zoco Chico, los restos de muralla, las torres y las puertas, el castillo, las mezquitas y el trazado sinuoso de la ciudad antigua contrastan con las construcciones del siglo XX, el Ensanche español y la ciudad moderna, en la que se unen varios estilos, destacando siempre el blanco y el azul de las fachadas. Tetuán y Larache son las dos ciudades del norte de Marruecos donde es más visible la impronta de la presencia española.

Del siglo XX he tenido que hacer una selección más exhaustiva, para mostrar aquí algunos de los textos más significativos de los viajeros que pasaron por la ciudad de Larache.

De la obra de Eduardo Quintana, testigo directo de la ocupación española de Larache en 1911, he seleccionado solo algún fragmento, en el que podemos ver el estado de la ciudad, en plena construcción:

LARACHE, 1911

Las calles de Larache son estrechas, como las de todas las ciudades marroquíes, y en rápida pendiente, recordando a poblaciones de España, como Medina Sidonia, Alcalá de los Gazules, Vejer y aun algunas del Noroeste de la península, como Puentedemue. Su zoco interior es una preciosa plaza de forma rectangular, en cuyos lados mayores los edificios forman vistosas arcadas.

Hay varias casas de europeos, distinguiéndose entre ellas el palacio de los Duques de Guisa, que se encontraban en aquella ciudad cuando allí estuvimos nosotros, palacio que se levanta en los altos de Nador, a poca distancia de las puertas de Larache, y en donde también está el consulado Belga. En las afueras de la ciudad hay numerosas huertas y abundante caza, siendo la vega, acaso, una de las más ricas del territorio marroquí, superando a la de Tetuán. Abundan los árboles frutales, y a unos seis kilómetros de distancia existe un extenso y hermoso bosque, abundante en caza.

El río Lucus, que desemboca en Larache, es bastante caudaloso y, cuando las obras del puerto, que hace la Compañía alemana, se hayan terminado, ofrecerá el fondeadero a los buques seguridades que hoy no encuentran. (...)

Visitamos en Larache la residencia de los misioneros de la Orden de San Francisco, la que, como es sabido, en África trabaja sin descanso. Es una iglesia de estilo gótico que, si de dimensiones reducidas, tiene el aspecto de una pequeñita Catedral. Interiormente, tiene tres naves, que separan esbeltas columnas.

(...) En el zoco de afuera, situado a la salida de la población por la puerta de tierra, se hicieron desaparecer las inmundas chozas y cobertizos morunos que allí existían, y se inició la construcción de una amplia calle, primera del ensanche de la ciudad que necesariamente ha de ser por aquella parte, de donde también arranca la carretera de Alcazarquivir, empezada a construir por nuestros soldados de Infantería de Marina.

(...) Se levanta el grupo de barracones, a que venimos refiriéndonos, frente al Castillo de las Cigüeñas o de los Portugueses. Formando con ellos calle, hay hermosos edificios, algunos de los cuales se construyeron desde nuestro desembarco. Se instaló el alumbrado público de acetileno, que se inauguró en junio de 1912, desterrándose la costumbre, que no dejaba de ser pintoresca, de que cada vecino transitase de noche provisto de un farol⁶³.

El siguiente texto es de Luis Cansino Roldán. En él defiende la necesidad de que los españoles convivan con los marroquíes durante largas temporadas en su país para poder así conocerlos bien. Lo que en principio parece ser una huida del tópico romántico acaba cayendo en el otro extremo. Y así, sin embargo, las conclusiones a las que este autor llega son tan sesgadas y tan propias del espíritu "protector" y "civilizador" como lo es buena parte de la producción que surge de la pluma de estos escritores. Escritores que, por otra parte, son ocasionales, y prácticamente desconocidos, pero en cuyos libros, que proliferaron durante la época del Protectorado y en los años inmediatamente anteriores, pueden contemplarse curiosas e interesantes pinceladas sobre la vida en el Marruecos de la primera mitad del siglo XX. Este texto que incluyo a continuación es, en concreto, el testimonio directo del viaje que, como parte de su periplo marroquí, realizó Cansino Roldán a

63. Eduardo Quintana Martínez. La Marina de guerra española en África: crónica, ocupación de Larache y Alcazarquivir, la campaña del Kert. Cádiz: Imprenta de Manuel Álvarez Rodríguez, 1912, pp. 120-121, 126 y 267-268.

la ciudad de Larache, en la que permaneció algún tiempo, a finales de 1911 y principios de 1912. Esta ciudad produjo una excelente impresión al autor, y a ella dedica largas e interesantes páginas de las que he seleccionado este fragmento:

Las calles de Larache, como las de Tánger, son en su mayoría, muy pendientes, siendo imposible el tránsito de toda clase de vehículos por aquellas empinadas cuestas, y teniendo necesidad de transportar las mercancías a hombros de los *camalos* (cargadores de la aduana), quienes con cuerdas y largos palos hacían el acarreo si no con la deseada rapidez, a lo menos con relativa seguridad.

El caserío de Larache valía poco, excepción hecha de alguna que otra mezquita, de la casa del bajá, situada en la alcazaba, y de algunas modernas construcciones europeas. En cambio eran muy bellas las murallas portuguesas, y el interesante castillo situado a la entrada de la barra, llamado por los moros "el Borj", donde prestaba servicio de guarnición un destacamento de nuestra infantería de marina. Este castillo y las baterías bajas situadas sobre la barra estaban artillados con numerosos cañones, algunos de hierro, carcomidos por el orín, pertenecientes a los conquistadores portugueses, y muchos, los más, del tiempo de nuestra dinastía austriaca, fundidos algunos de ellos en Sevilla y Barcelona, en uno de los cuales se leía claramente sobre su fondo bronceo esta inscripción:

Gerardo me fecit Sevilla MDCXII

Las murallas árabes más toscas y menos sólidas, tal vez simples reparaciones de antiguas murallas romanas, defendían la población sólo en reducido espacio, el de la parte superior de la pendiente que termina en las orillas del río, o mejor aún, en las del puerto interior del Lucus. Los lusitanos prolongaron el recinto fortificado con el castillo de San Antonio y las sólidas murallas que envolviendo la alcazaba se enlazaban con el Borj, rodeando con ancho foso todos los muros que defendían la población por la parte de tierra, para hacerlo más inaccesible a los ataques de las fanáticas kabilas del interior.

Como en todas las poblaciones marroquies, la parte más típica, de más color local y que más entusiasmaba a los poetas, por la paz musulímica que

en ella se disfrutaba, era la alcazaba. En ésta se albergaban cuantos moros ostentaban alguna jerarquía civil, militar o religiosa, como el bajá, el cadí, varios empleados de la Aduana, unos cuantos alfaquíes y bastantes moros adinerados que gustaban de la calma de esta *isla del reposo*; también se encontraba aquí en el fondo de una explanada, el cuartel del tábor de policía indígena, cuyo capitán era entonces Don Enrique Ovilo.

A la salida de la Alcazaba, en dirección al puerto, se hallaba el Zoco, extenso, limpio y bien empedrado, de forma rectangular, con arcadas en sus lados, y en cuyos corredores o naves abrían sus tiendas comerciantes moros y judíos; si no tan extenso como el zoco grande de Tánger y la plaza de España, de Tetuán, el zoco de Larache era más bello que ambos, por la igualdad de su construcción y las blancas columnas de sus arcadas, que le hacen asemejarse al patio de una gran mezquita.

El bullicio de las calles de esta interesante ciudad, sus grandes almacenes y las muchas mercancías depositadas en la aduana demostraban la importancia de su tráfico, que atraía numerosas caravanas de Fez y de otras populosas poblaciones del interior, compuestas de muchos camellos cargados de granos, pieles, alfombras y tejidos moriscos que eran exportados por su puerto para Europa y otras poblaciones de la costa marroquí.

(...) Atribúyese a Felipe II la expresión de que la provincia de Larache valía más que todo Marruecos. Efectivamente como muy llana es más adecuada para la agricultura y el pastoreo, y por la buena cualidad de sus tierras, que se adaptan más que otras al cultivo de los cereales y de la vid⁶⁴.

El texto que sigue es de la única mujer que he incluido aquí: la poetisa Trina Mercader, nacida en Alicante, en 1919. Vivió veinte años en Marruecos, en las ciudades de Alhucemas, Tetuán y Larache. En esta última fundó la revista hispano-árabe *al-Motamid*, *Verso y prosa*, que se publicaba en edición bilingüe, y en la que colaboraron muchos escritores de la época, no solo marroquíes o españoles, sino también de otras nacionalidades. He seleccionado aquí su relato "Una calle del barrio moro de Larache" que Trina Mercader dejó inédito, aunque en varias cartas personales expresaba

64. Luis Cansino Roldán. Recuerdos de Marruecos. Madrid: Rivaleneyra, 1923, pp. 293-298.

su deseo de reunirlos y publicarlos. Su muerte en Granada, en 1984, se lo impidió.

UNA CALLE DEL BARRIO MORO DE LARACHE

Penetrar por una calle de Marruecos es abrir el libro de lo maravilloso. La luz vendrá, atravesando bóvedas, a nuestro encuentro. Porque hay que perderse, sin prisas, por el pequeño laberinto luminoso.

El barrio moro de Larache es ese laberinto de luces y sombras por donde me pierdo. Hay que aceptar la cuesta, y el guijarro resbaladizo, y la escalinata desigual y el rincón lóbrego y maloliente. Porque todo forma parte de esta escenografía ya en desuso en nuestro mundo civilizado, que nos engulle y atropella. Aquí, por el contrario, todo está a la mano, todo tiene una altura que no sobrepasa nuestra humanidad.

La misma estrechez de la calle es agradable a nuestra estatura. Es como andar por el interior de una casa grande, familiar. La voz del mendigo ciego nos acompaña desde todos los ángulos, resonando. La salmodia del almuédano, desde su torre, es una impresión nueva a nuestros oídos. La novedad, la sorpresa nos van acompañando. Los ojos se acostumbran a la luz y a la sombra simultáneas. La cal de las paredes tiene sólo la estridencia de la luz, el propio reflejo trascendido. Mi paso se hace lento, obligadamente parsimonioso. Aquí la prisa lo rompería todo.

Una mujer atraviesa la calle. El Sol estalla en el blanco jaique y casi la transparenta. Los pliegues del manto retienen la sombra precisa, dándoles profundidad. Es un manto que tiene mucho de griego, en su cascada de pliegues a la espalda. De él emergen unos pies calzados de babuchas, blancas también, a ras del manto. Arriba, unos ojos negros, a veces verdes, en lo alto del *letam*, del velo. Acaso la tersura de una mejilla no vista, adivinada. El paso siempre es lento, comedido, remontando sin prisa la ascensión. La calle, las paredes de las casas son el marco de esa figura única, el único detalle vivo que aprisionan. La más leve esquina, una línea blanca entre lo blanco la oculta, desaparece. La calle, ahora, queda estática, más quieta que nunca, como en reposo.

Alguna puerta se entreabre. Un bisbiseo apenas perceptible, comenta en árabe: «Es una nazarena». Y la puerta se cierra blandamente, sin ruido, como la voz de las mujeres en el interior de la vivienda, o como sus pasos de pie descalzo sobre la cal de las azoteas.

En el recuadro blanco de otra azotea, una mujer se asoma: -Buenos días, dice. Y sonrío.

Es una mujer que quiere conversación. Es la clásica mujer de siempre, atenta a cualquier posibilidad de charla. La voz del ciego insiste, se alza o se pierde, para regresar una vez más, llenando las callejuelas con su eco. De pronto tropiezo con él, a bocajarro, en una esquina. Con su cayado tantea los pequeños peldaños. Me hago a un lado y le dejo pasar, mientras inicia una vez más su petición de ayuda.

Toda la calle asciende con mi propia ascensión. Su soberbia sube o baja su propio desnivel. Los edificios son enjutos, sobrios, de pequeñas ventanas altas que coronan las desiguales alturas. No hay tejados; sólo una terminación brusca del blanco, cortando en cubos una arquitectura sin complicaciones.

A mi lado pasan los jaiques, las severas chilabas, destacando en lo blanco el amarillo limón de las babuchas. Los seres van como envueltos en su blancura. La calma de sus ademanes convierte cada calle en un claustro de mínimas proporciones. Claustro o celda para un pueblo religioso, en el que el silencio tiene una dimensión casi mística⁶⁵.

Termino este recorrido, más breve de lo que yo hubiera querido, con un escritor actual, Lorenzo Silva, autor de numerosos libros, de los que hoy destaco este texto. En 1997 Lorenzo Silva hizo un viaje de ocho días por Marruecos para documentarse sobre la novela que pensaba escribir, ambientada en la guerra de África de 1921, concretamente en el Desastre de Annual. La novela, que se publicaría en 2001 con el título de *El nombre de los nuestros*, está basada en hechos reales, algunos de los cuales vivió el propio abuelo del autor. Y como fruto de ese viaje de documentación,

65. Trina Mercader. na calle del barrio moro de Larache. Turia, 37 (1996), pp. 66-68. También en: Jacinto López Gorgé. Nueva antología de relatos marroquíes, Granada: Port-Royal ediciones, 1999, pp. 45-47; y en Fernando de Agreda Burillo, "Trina Mercader: una experiencia de convivencia cultural en Marruecos. Philologia Hispalensis, XVI, 2 (2000) (Homenaje a la profesora Eugenia Gálvez Vázquez), pp. 48-50.

Lorenzo Silva escribió su libro *Del Rif al Yebala: viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos*, un diario de viaje del que he seleccionado este texto, en el que el autor describe su estancia en Larache.

Hoy Larache es una de las ciudades marroquíes en las que más intensamente perdura la huella de la presencia española. El entramado de sus calles, el aire de sus edificios, y sobre todo, la traza singular de la antigua plaza de España (hoy de la Libération), recuerdan en todo momento a una pequeña ciudad andaluza. Sobre las fachadas blancas abundan las persianas y los postigos celestes, en una combinación similar a la de Xauen (otra ciudad andaluza, aunque más antigua). Su avenida principal, la de Mohammed V, llena de jardines y de árboles, evoca también paseos ajardinados de las ciudades del sur español. Subimos hacia la plaza precisamente por esta avenida, desde la que se ve lo que queda del Castillo de la Cigüeña. En ese castillo encerraron a los prisioneros portugueses capturados en la batalla de Alcazarquivir. Una vez en la plaza, aparcamos el coche, momento en el que se nos acerca el previsible guardacoches. Es un hombre muy mayor y muy delgado, que saluda con una sonrisa oficial. En el pecho lleva prendida una chapa en la que alguien ha escrito con un pulso tembloroso y un pincel las palabras "garde de estacionamiento". Larache, siempre a las puertas del Marruecos francés, no ha perdido del todo el castellano, que conmueve ver conservado por el mero apego de la gente en esa forma mestiza y seseante.

En la plaza de Larache, amplia y circular, nos sentamos a tomar unas cervezas. Con el sabor de la contundente Flag en la boca, miro a mi alrededor y sospecho que a esta misma plaza debió de venir cien veces mi abuelo a pasear y quizá también a tomarse una cerveza, como nosotros ahora. Al principio era un recluta recién llegado y perdido. Dos años después ya era veterano y sargento y podía elegir buenas mesas en las terrazas. El cielo sobre Larache no está nublado, como lo estaba en Rabat. Es de un azul tan vivo como las persianas de las casas. Las que forman el círculo de la plaza de Larache no tienen tejado, sino azoteas, como es usual en Marruecos (con la excepción de Xauen). Las fachadas están rematadas por almenas morunas, que sugieren una especie de triángulo mediante la superposición de rectángulos cada vez más pequeños. Todo el perímetro de la plaza tiene umbríos soportales (en uno de ellos estamos ahora) y las columnas que los aguantan están unidas

por s
salvo
con p
cuand
A pie
un pa
Por o
que c
abstra
blanc
estiliz
Al pa
persia
de res
dond
multit
tiemp
dentro
mont
si en
Dejar
argent
palabr
escrito
Larach
ciudad
He qu
través
la mar
la mej
66. Lore
2001, pp

por sencillos arcos de medio punto. Todo está exquisitamente enlucido, salvo algún arco monumental en piedra ocre. En el centro hay un parque con palmeras. No es un mal sitio para estar, y debía de serlo aún menos cuando Lucus arriba había todos los días rifa de tiros (...).

A pie desde la plaza se llega en un par de minutos a la avenida Mulay Ismaíl, un paseo marítimo colgado sobre el océano que ofrece una hermosa vista. Por desgracia está pésimamente cuidado y en los acantilados junto a los que discurre se amontona todo tipo de basura maloliente. Sólo haciendo abstracción de la pestilencia se puede disfrutar de la imagen de la ciudad blanca que se extiende hasta el cabo Nador, donde todavía hoy se divisa la estilizada silueta del faro que construyeron los españoles.

Al paseo y al mar da también el consulado español, un edificio blanco de persianas azules ante el que vemos la cola de siempre para los permisos de residencia. Aquí la cola no es tan nutrida como en Rabat, por ejemplo, donde han tenido que separar el consulado de la embajada a causa de las multitudes. También cerca vemos las ruinas de un antiguo fuerte que en tiempos dominaba el puerto. Nos acercamos hasta sus muros y entramos dentro del recinto. Quedan las galerías, en dos pisos, las paredes, y un montón de escombros y basura en el centro. Por la disposición parece como si en este solar hubiera estado instalado un hospital...⁶⁶.

Dejaremos para otra ocasión a los autores marroquíes, palestinos, franceses, argentinos, polacos, y de mil y una nacionalidades, que han volcado en palabras sus impresiones de Larache. Son muchos los que han amado y han escrito sobre esta ciudad.

Larache, con una población de más de 100.000 habitantes, es hoy una ciudad en pleno cambio.

He querido con este trabajo adentrarme y adentrar al lector en un viaje a través de los textos y del tiempo, desde la Larache que fue a la que es hoy, de la mano de aquellos que pensaron -que pensamos- que la palabra escrita es la mejor forma de luchar contra el olvido. Espero que con mis palabras, y con

66. Lorenzo Silva. *Del Rif al Yebala. Viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos*. Barcelona: Destino, 2001, pp. 282-284.

las de muchos de los que amamos esta ciudad, consigamos que la Larache que queda, que aún resiste al paso del tiempo, a la destrucción sistemática y al abandono institucional, pueda salir a flote. Yo, personalmente, invito a todo viajero a visitarla, si es que aún no lo ha hecho, y a descubrir la bellísima ciudad que se oculta bajo el manto de olvido y destrucción que la cubre.